

guió en Flandes, Sajonia, Italia y otros países. El grado de sargento lo ganó en Italia: el ejército español tenía dificultades para atravesar el río Albis; él se ofreció para tomar al enemigo sus naves y, aceptado el ofrecimiento, con nueve soldados elegidos suyos, logró hacerse con las embarcaciones contrarias, después de causar numerosas bajas a los adversarios. Otra acción suya destacada tuvo lugar en Africa, en 1558, en el reino de Tremecén, al frente de su compañía de manchegos, en donde logró romper el cerco de enemigos más numerosos, si bien en este hecho murió el conde de Alcaudete y cayó prisionero su hermano Juan, que se rescató después por dos mil escudos.

Ya un tanto maduro contrajo matrimonio con doña María Chirinos, en la Villa de Uceda, hermana ella del capitán D. Diego Artieda Chirinos, de cuya familia se dice descienden los Maldonados de Ciudad Real y de Salamanca.

Murió nuestro capitán en las Alpujarras, combatiendo la rebelión de los Moriscos, el 25 de julio de 1569. Murió de la muerte que temía Don Quijote para un caballero de esforzado brazo: de un tiro por arma de fuego que disparó un morisco, atravesándole el corazón. Esto ocurrió después de que el capitán Céspedes y su compañía causaran grandes estragos entre los enemigos. Cuentan que él solo mató más de cien moriscos con una espada valenciana que tenía, de unos tres dedos de ancha y más de catorce libras de peso, del vínculo de los Céspedes, que por líneas femenina, pasó a los Maldonados de Ciudad Real.

En el lugar de su muerte, junto a la montaña llamada las Guajaras altas, camino de Granada a Motril, se colocó una piedra con una inscripción, recordando su óbito.

Dicen que a petición de D. Juan de Austria, testigo de su valor, Felipe II concedió a Céspedes el empleo de Maestre de Campo y la Encomienda de Socuéllamos, de la orden de Santiago, título y honor que no llegó a disfrutar.

Dejó tres hijos: uno de ellos D. Rodrigo que casó en Ocaña con D.^a Antonia Maldonado y Calatayud, de cuyo matrimonio se dice descienden los Maldonados de Ciudad Real.

Se narran cosas de nuestro Capitán que ponen de manifiesto su fuerza singular. He aquí algunas:

A la edad de seis años, porque un ganso de tamaño superior al corriente, asustaba a sus hermanitas, lo cogió por el cuello y de un tirón le arrancó la cabeza.

En Toledo, una noche, un alguacil le re-

quirió para que le entregara la espada; trató con corteses palabras de disuadirle y como el alguacil porfiara, lo tomó por la entre pierna y arrojó a un tejado, en donde permaneció hasta que se hizo de día y lo rescataron bajándole por una escalera.

En la misma Ciudad, yendo a caballo, para cortejar a unas damas, que se encontraban tras de una reja, se agarró a ésta y levantó al caballo con las piernas. Y como le dijeran las damas que aquello estaba ya visto, les arrancó la reja. Y cuentan, asimismo, que reventó más de un caballo apretándole con las piernas.

En Aranjuez, en presencia de Felipe II, paró la rueda de una aceña. Los molineros, con mala broma, recargaron de agua el caz, lo que le hizo sangrar por el esfuerzo. Luego, cogió a los molineros y los tiró al Tajo.

Este número, dicen, lo hizo en un molino cerca de Ciudad Real que desde entonces se llama del Emperador, porque Carlos V fué testigo antes del suceso de Aranjuez.

En Ocaña levantó una mesa de piedra, llena de vasos con agua y licores, sin derramar una gota. Y en Barcelona, para agasajar a una dama, menudita, que no podía llegar a la pila del agua bendita, porque había gente que se interponía, se abrió paso entre ésta, arrancó la pila y la acercó a la dama.

Aquí en Ciudad Real, en una corrida de toros con motivo de la fiesta de nuestra Patrona, acometió con su caballo con tal fuerza a una res, que caballo y caballero cayeron por tierra: rápidamente se levantó y cogiendo al toro por el cuerno izquierdo con su mano siniestra, sacó con la diestra la espada y lo mató de un tajo.

Y también en nuestra Ciudad le ocurrió un hecho singular, que le tuvo un tiempo amargado: intentaba atravesar el alcaná (frente al actual Ayuntamiento) cuando se encontró con una figura, el rostro cubierto, que le impedía el paso. Se cruzaron y rompieron las espadas; llegaron a agarrarse y caer por el suelo. Cuando los separaron, el capitán estaba muy maltrecho. Padeció un berrinche de melancolía pensando quien podría ser quien lo puso en tal trance.

Al fin, compadecida de él, su hermana D.^a Catalina, que no debió de ser manca, le confesó que la figura cubierta que le atacara había sido ella, para disuadirle de que anduviera en aquellas salidas nocturnas no santas.

Y así otros hechos por el estilo que muestran a un hombre, a un soldado del Imperio.